

## CAPITULO XXXVII.

## Heroísmo.



ALLABARE en aquel momento el caudillo de los españoles en uno de los ángulos de la plataforma, muy cerca del pretil.

Pilpatoe y Teutila habian concebido un proyecto, y estaban dispuestos á realizarle.

Apénas llegaron adonde estaba Hernan Cortés, se postraron de hinojos.

—Os hemos reconocido, dijo Teutila, y de seguro no habreis olvidado que nosotros fuimos los primeros embajadores que os envió el gran Moctezuma.

Hemos sabido la lucha que tenia lugar aquí, y como generales del imperio, hemos venido á interponer nuestra influencia para que cesase un combate que el gran Moctezuma hubiera reprobado.

El triunfo es vuestro.

Pero sois generoso, y no dudamos que reconociendo en nosotros á vuestros antiguos amigos, nos abrireis vuestros brazos.

Hernan Cortés reconoció, en efecto, á los dos generales, y embriagado por el triunfo y alucinado por la aparente sinceridad de sus palabras, celebró aquella ocasion que ponía término á una lucha, cuyos resultados juzgaba muy mal para su causa.

—Os reconozco, dijo á Pilpatoe y á Teutila, y me complazco en hallaros en este instante. Jamas he negado mis brazos á la amistad.

Fingiendo un entusiasmo, que como verán nuestros lectores, tenia mucho de heroísmo, corrieron á precipitarse en los brazos de Hernan Cortés, y con arreglo á lo que habian calculado, en vez de estrecharle, cada uno de ellos cogió precipitadamente uno de los brazos del caudillo, y por medio de una evolucion instantánea, en la seguridad de que iban á morir, traspasaron el pretil con ánimo de arrojarse al suelo, arrastrando en su caída al caudillo de los españoles para que sufriera su misma suerte.

Pero en aquel momento, cuando no faltaba más que un segundo para que, perdiendo el equilibrio Hernan Cortés, fuese arrastrado por sus dos falsos amigos, se precipitaron los españoles sobre él, y cogiéndole por la cintura y por las piernas, hicieron un contrapeso tal, que fué de todo punto imposible á los dos héroes, que héroes merece llamarse por el sacrificio que iban á hacer en aras de la patria, realizasen sus designios.

—¡Miserables! exclamó Hernan Cortés.

—Morirás con nosotros, decian suspendidos de los brazos de Hernan Cortés y pugnando por arrastrarle.

—¡No os decia yo, exclamó un soldado, acercándose al grupo, que presentia algo malo?

Aquel hombre era Botello.

Apénas dijo estas palabras, de un tajo con su espada dividió los dos brazos de Pilpatoe, cortándole las muñecas.

El cuerpo de aquel hombre se desplomó.

—¡Maldito seas! dijo.

Y á aquella exclamacion acompañó un ruido seco, que estremeció á todos los circunstantes.

—Yo te vengaré, dijo Teutila, haciendo un supremo esfuerzo para arrastrar en pos de sí á Hernan Cortés.

—Dios no lo quiere, dijo una voz femenil, al mismo tiempo que una diestra, armada de una afilada daga, cortaba á Teutila la mano derecha.

El guerrero lanzó un terrible grito, é hizo lo posible para vol-



ver á ganar la balastrada, á fin de vengarse de aquel soldado que le arrebatara su presa.

Marina, que Marina era, con la punta de la daga empezó á dar golpes sobre los dedos crispados de la mano que aún tenía unida Teutila al brazo de Hernan Cortés; la mano se abrió de pronto por efecto del dolor, y el cuerpo de Teutila siguió al de su compañero, en medio de la consternacion de los mexicanos, que al ver lo que habia pasado, y más que nada al ver á Hernan Cortés, que furioso despues de lo que acababa de sucederle, gritaba: «Pasadlos todos á cuchillo,» corrieron á refugiarse en la ciudad, dejando libre el campo á los españoles.

Todos querian perseguirlos.

Los tlaxcaltecas eran los que más deseos tenían de correr tras ellos para saciar su sed de venganza.

Hernan Cortés, dueño del teocali de Huitzilopoztli, dejó en él un destacamento de españoles y unos quinientos tlaxcaltecas á las órdenes de Pedro de Alvarado, y partió con sus tropas al cuartel, en tanto que los mexicanos huían despavoridos y despertaban la más terrible ira en el corazón del nuevo monarca y de sus consejeros.

—Todo se ha perdido, gritaron al entrar en el palacio.

—No, no se ha perdido todo, exclamó un jóven que se hallaba al lado del monarca. Yo os vengaré de la derrota que habeis sufrido. Yo haré pagar muy caro á los españoles los días de luto y de desolacion que han venido á traer á nuestra patria.

Por la memoria del gran Moctezuma, por el respeto que debo á su sucesor el gran Quetlahuaca, os juro no cesar de luchar al frente vuestro hasta haber exterminado á todos nuestros enemigos.

El que hablaba de esa manera era Guatimotzin.

No solo le impulsaban á tomar aquella actitud las desventuras de su patria.

Habia sabido la conversion de Moctezuma, la conversion de

su esposa y de sus hijos, y ya no era posible soportar tanta ignominia, tanta vergüenza.

Miéntas esto pasaba en el palacio imperial de México, Hernan Cortés, despues de llamar al astrólogo Botello y de estrechar su mano por haberle librado del peligro, preguntaba quién era el jóven español que le habia salvado de las garras de Teutila.

—Ese soldado, dijo Marina, presentándose con el traje que durante aquel día le habia servido para estar al lado de Hernan Cortés y luchar como el primero de los españoles; ese soldado he sido yo.

Algun tiempo despues decia el caudillo á Marina, que ya habia abandonado su disfraz:

—Marina, te debo la vida, y aun á riesgo de romper los lazos que hacen imposible nuestro amor; juro amarte y ser esclavo tuyo.

Marina abandonó la habitacion de su amante, y ni ella ni él vieron al separarse que detrás del cortinaje de algodón que adornaba el lecho del caudillo se ocultó un hombre, procurando contener su respiracion para que no se apercibieran de su presencia.



## CAPITULO XXXVIII.

### Sed de venganza.



El hombre que se habia ocultado detrás del cortinaje del lecho de Hernan Cortés era Ibbialbi.

Desde el momento en que le hemos visto desaparecer, habia concebido sospechas de que Marina amaba á Hernan Cortés, y que el jefe de los españoles la correspondia.

¿Cómo, si esto era cierto, le habia ofrecido interceder por él? Semejante engaño exigia una terrible venganza.

Amaba á Marina con verdadero frenesí.

Alentado por la confianza que inspiraba á la jóven por la intimidad con que le trataba, por la importancia de los servicios que le exigia, habia llegado á figurarse que el premio de su fidelidad y de sus sacrificios seria el amor de Marina.

Ibbialbi habia llegado á creer, porque la pasion es muy crédula, que Marina le amaba.

Al sospechar, despues de cumplir las órdenes de Marina, contribuyendo á dar la victoria á Hernan Cortés en el momento en que luchaba contra Cacumatzin desapareció.

—Si me ama, me buscará, se dijo. Si no me ama, al ménos por gratitud Hernan Cortés y ella me buscarán tambien.

Trascurrió el tiempo, y como sucede siempre en la vida, la felicidad hizo que se olvidara de su servidor.

Los sucesos que tuvieron lugar y las consecuencias de la guerra, borrarón por completo de la imaginacion de Hernan Cortés el recuerdo del indio.

No habia duda; eran ingratos.

¡Por unos ingratos habia venido á su patria, habia contribuido á la ruina de su rey!

El infeliz se consideraba el más infame de los hombres.

¿Qué podia hacer para tranquilizar sus recelos?

Vengarse; vengándose castigaba la ingratitud de aquellos por quienes tantos sacrificios habia hecho, y al mismo tiempo que arrebatava à los amantes la felicidad que él no podia poseer, libraba á su patria del yugo de los extranjeros, paralizandolos sus movimientos, toda su fuerza, con matar á Hernan Cortés.

Y esto nadie podia hacerlo mejor que él.

Los españoles sabian que era adicto á su jefe.

Podia entrar en su cuartel, recorrer todas las habitaciones sin despertar recelo alguno, penetrar en la estancia del caudillo, ocultarse en ella, darle el golpe con mano certera, conseguir la impunidad del crimen, abandonar el cuartel sin obstáculo alguno, anunciar á los mexicanos lo que pasaba, facilitarles los medios de acabar con los españoles, hacerse por este acto acreedor á la estimacion de sus compatriotas, ganar prestigio y posicion entre ellos, y poder despues del triunfo tomar como esclava á Marina, para vengarse lenta y cruelmente de su desamor.

Ibbialbi habia envenenado la punta de una flecha, y la llevaba con ánimo de clavarla en el corazon del guerrero.

Hernan Cortés quedó solo en la estancia con su enemigo.

Estaba cansado.

Habia sufrido mucho aquel dia, y necesitaba reposo.

No iluminaba la habitacion más que una tea que habia en uno de los rincones.

Hernan Cortés se recostó en el lecho, y no tardó en ceder al cansancio.

Ibbialbi abandonó cautelosamente su escondrijo.



A pesar del rencor que sentía, no pudo ménos de estremecerle la idea del crimen que iba á cometer.

Pero las esperanzas que le sonreían, el goce que sentía ante la idea de vengarse, le alentaron.

Se acercó cautelosamente al sitio donde estaba Hernan Cortés, empuñó con su temblorosa mano la flecha para clavar su envenenada punta en el corazón del guerrero, y al ir á dar el golpe oyó ruido en la puerta de la estancia.

Ilbialbi volvió precipitadamente á su escondrijo.

—¿Quién vá? preguntó Hernan Cortés.

—Soy yo, dijo una vos.

Hernan Cortés salió al encuentro del que llamaba.

Era fray Bartolomé de Olmedo.

—Perdonad, le dijo, si he venido á turbar vuestro reposo; pero las circunstancias en que nos hallamos son tan críticas y os interesa más que á mí salir de ellas, que no he vacilado en venir á comunicaros las ideas que el insomnio me ha sugerido, porque, creedlo, no he podido dormir.

—Hablad, dijo Hernan Cortés.

—El día de hoy ha sido un día de prueba. Hemos perdido cuarenta soldados, y entre heridos y muertos pasan de trescientos los tlaxcaltecas que ya no pueden prestarnos auxilio.

—También los mexicanos han tenido grandes pérdidas, dijo Hernan Cortés.

—Sí por cierto; segun mis cuentas, pasarán de dos mil los que han quedado fuera de combate. Ahora bien; ¿qué habeis pensado vos?

—Que es preciso partir de México.

—Partir despues del triunfo es doloroso. Pero no queda otro remedio.

—Partir ahora para volver más tarde, dijo Hernan Cortés porque los hombres como yo, cuando conciben un pensamiento, no lo abandonan hasta realizarlo.

—Pues bien; creyendo yo lo mismo que vos, he pensado que lo que nos conviene es abandonar á México, pasar rápidamente por Tlaxcala, llegar á la colonia de Veracruz, embarcarnos allí todos, y dirigirnos á España.

Allí tendremos ocasion de referir á nuestro soberano, que Dios guarde, todo lo que ha pasado, y no dudeis que cuando sepa el heroismo de los españoles y los triunfos que como jefe habeis conseguido, desoyendo las quejas de Diego de Velazquez y comprendiendo cuánto conviene á su gloria y al esplendor de su corona la conquista de México, os enviará con nuevos elementos, con numerosas fuerzas, á proseguir la conquista, que hoy es, en mi opinion, de todo punto imposible.

Hernan Cortés quedó un momento pensativo.

Despues preguntó á fray Bartolomé:

—¿Deseais volver á España?

—Lo deseo, y lo desean todos; vos mismo lo deseais. Pues qué, ¿no gozareis, despues de tantos días de fatiga, reposando tranquilamente al lado de quien sin duda alguna llora á todas horas vuestra ausencia?

—Padre Olmedo, no me habeis conocido si creéis que he de volver á España ántes de conquistar el imperio de México.

O muero aquí, ó realizo mi empresa.

Ademas, de un momento á otro debe llegar Montejo, debe traerme el nombramiento real, y acaso refuerzos y víveres, que los necesitamos.

Hoy por hoy, es preciso partir de México, de lo contrario, tendria que sostener una desesperada lucha, que desmayaria á mis soldados, y esto no debe suceder.

Con las fuerzas que hoy tenemos, podemos recorrer todo el continente de esta region, y libertando á los débiles del yugo de los opresores, aumentar mi ejército con ellos.

Tal es mi resolucion, y por nada del mundo dejaré de llevarla á cabo.



—Sé que vuestra voluntad es inquebrantable, y no me opongo á ella. Aunque no sea fuerte como vos para luchar, estoy dispuesto á sufrir como el primero, y puesto que mis planes no merecen vuestra aprobacion me retiro.

Ilbialbi experimentó una inmensa alegría al ver que iba á quedarse solo Hernan Cortés.

Fray Bartolomé de Olmedo salió, y un instante despues, ántes de que el caudillo de los españoles tuviera tiempo de volver á su lado, llegó Marina.

La presencia de la jóven exacerbó la ira de Ilbialbi.

Una idea terrible cruzó por su mente.

—¡Ah! se dijo. Los dos van á caer bajo el golpe de mi envenenada flecha.

Miéntas esto pasaba en México en el cuartel de los españoles, tenían lugar en el mismo imperio sucesos que debemos referir á nuestros lectores.

## CAPITULO XXXIX.

### Pánuco, su cacique y sus guerras.



o habrán olvidado nuestros lectores que ántes de salir de Zempoala Hernan Cortés dividió su ejército y envió á Juan Velazquez de Leon con cuatrocientos hombres á la ciudad de Pánuco, situada al Norte de México, y que á la sazón se hallaba algo agitada por guerras intestinas.

Tambien habia enviado á Diego de Orgaz á Guazacoalco.

Pero á última hora desistió de este empeño, y aumentando las fuerzas de Velazquez, llevó en su compañía á Diego de Orgaz y al resto de los soldados cuyo mando le habia conferido.

El pensamiento de Cortés, al enviar á Pánuco á Juan Velazquez de Leon, no era otro que el de aprovechar el prestigio de que los españoles disfrutaban en toda aquella region, para conseguir en el Norte el que ya habia conseguido en el Mediodia.

De esta manera cualquiera que fuesen las consecuencias de su expedicion á México, podria hacer una buena retirada y contar con elementos para una nueva embestida.

Para que puedan explicarse algunos sucesos de los que muy en breve van á presenciar nuestros lectores, necesitamos abandonar á Hernan Cortés en la crítica situacion en que le hemos dejado, y seguir á Velazquez de Leon para ver cuál fué el resultado de su empresa.

Desde Zempoala, costeano la ribera del Golfo Mexicano, dejó á la izquierda á Naotlan, atravesó un rio, al que dió el